

BREVE GLOSA SOBRE BELLO

En un libro publicado en 1966, incluido en una de las series de ediciones del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, intenté presentar los diversos aspectos de la ingente y múltiple actividad intelectual del sabio caraqueño. Pero sea ésta la ocasión para confesar, ciertamente, que aun en esas páginas, *Aproximación a Bello*, me he quedado corto y que ese empeño no me ha dejado satisfecho del todo. Por ello, para justificarme un tanto, he querido, como el título de la obra lo indica, denominarla una simple "aproximación". Que otra cosa, en verdad, no es esa obra.

Un rapidísimo, desde luego, y elemental fraseo sobre Bello, será necesariamente esta síntesis de ahora.

Para establecer un orden, seguiré la tradicional clasificación que se acostumbra en el análisis de la obra de Bello. Clasificación que se basa en su biografía a través de los tres medios geográficos en que se desarrolló su quehacer intelectual: Caracas, Londres y Chile. "Simplificación aceptable — como dice Pedro Grases —, aunque como toda síntesis no explica la verdad".

* * *

En Caracas transcurrió la primera etapa de su vida. La de su primera orientación. Pero en ella se fijaron ya las directrices de la que había de ser, más tarde, su formación definitiva. Lo que fue posible, con máximo rendimiento, en un medio tan culto y tan inquieto como era la capital venezolana de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

Allí adquirió los fundamentos de su cultura general, especialmente en las cuestiones gramaticales y filosóficas y en legislación. Dominó el latín, el francés y el inglés. Tuvo sus primeras experiencias en la administración pública como funcionario al servicio de las autoridades coloniales. Se adiestró en las disciplinas del derecho de gentes por razón de uno de los cargos que le tocó desempeñar. Compuso sus versos primigenios. Frecuentó el trato de la sociedad ilustrada. Se informó ampliamente de los sucesos de la Europa de aquellos días. El contacto con Humboldt, quien entonces visitó a Venezuela, le aficionó al estudio de las ciencias de la naturaleza.

* * *

Al proclamarse la Independencia en Venezuela, Bello figuró entre los patriotas que participaron en el movimiento.

En 1810, nombrado por la Junta Revolucionaria, en asocio de Bolívar y Luis López Méndez, se trasladó a Londres con el encargo de gestionar el apoyo del gobierno británico en favor de la emancipación venezolana.

Misión que, sin haber sido un completo fracaso, como por algunos historiadores se ha sostenido, no tuvo sin embargo los resultados que se proponía de inmediato. La circunstancia de la alianza que entonces mantenía Inglaterra con España contra Napoleón fue la causa determinante de que no se obtuvieran los fines perseguidos en la forma en que Bolívar, Bello y López Méndez los habían demandado. Pero el camino quedó abierto para futuros entendimientos.

Mientras la Junta de Caracas pudo mantenerse en el gobierno, Bello dispuso de fondos para su sostenimiento en Londres. Arruinada la causa de los patriotas por adversos hechos de armas, se vio, por consecuencia, privado de aquellos recursos. Tuvo entonces que afrontar una difícil situación económica en la que apenas pudo contar con alguna ayuda que, por un año, habida cuenta de su calidad diplomática y merced a las gestiones de las buenas amistades que ya tenía en la capital británica, le concedió el gobierno inglés. Luego, por concepto de clases de español y latín que

dictaba y de algunas otras ocupaciones accidentales, obtenía modestas entradas que le ayudaban a sobrellevar, con muchas privaciones, su precario vivir.

Más tarde, con las victorias de los ejércitos republicanos, fue designado funcionario de la Legación de Chile, primero, y, posteriormente, de la de la Gran Colombia. Con lo que mejoró en algo la situación, aunque no satisfactoriamente, pues los sueldos eran insuficientes.

Los momentos libres de sus oficios los dedicaba Bello al estudio y a la investigación. En largas horas, en la biblioteca del Museo Británico. Así, amplió caudalosamente su cultura. En un mejor conocimiento de los clásicos griegos y latinos, de la literatura medieval, de los autores modernos. En un mayor dominio de las ciencias jurídicas. De las cuestiones filológicas y gramaticales. De la filosofía y la historia. De la economía política. De la medicina y las ciencias físicas y naturales.

De lo que quedaron suficientes muestras en sus escritos, compuestos entonces sobre esas diversas disciplinas intelectuales, algunos publicados en revistas londinenses y en aquéllas de que fue redactor, como *La Biblioteca Americana* y sobre todo *El Repertorio Americano*.

En Londres, pues, enriqueció sus múltiples conocimientos y fundamentó sólidamente las bases de su saber universalista.

De esta época datan dos de sus más notables trabajos poéticos: la *Alocución a la poesía* y *La agricultura de la Zona Tórrida*, poemas en que patentiza su clara visión americanista y formula su concepción de una poesía autóctona, desligada de los temas europeos y centrada en los del Nuevo Mundo. Por este propósito, se ha calificado a Bello como el "libertador artístico de América".

La agricultura de la Zona Tórrida es un clásico canto civil. Realizado en versos laboriosamente trabajados. Con una deliberada temática americanista. Y con un trascendente sentido histórico y social.

Porque ese maravilloso cuadro de la flora que Bello pinta es, dentro de su concepción, el ambiente en que, en un futuro próximo que él augura, han de proliferar los mejores esfuerzos humanos aplicados al bienestar de las jóvenes generaciones surgidas después de la contienda emancipadora. De esta suerte, *La agricultura de la Zona Tórrida* no sólo es un feliz inventario de los frutos tropicales y de novedosas descripciones, sino que es también una lección y un mensaje.

Entre los trabajos de erudición más importantes adelantados por don Andrés Bello en Londres sobresalen los relativos a la literatura medieval. Tales, los tocantes a las epopeyas francesas y españolas, *La crónica de Turpín*, las relaciones de la métrica griega y latina con respecto a las lenguas romances, los orígenes de la historia literaria inglesa, la asonancia en la poesía latina compuesta en Francia y en España, la derivación de los romances viejos de fragmentos aislados de las canciones de gesta, sus certeras investigaciones sobre el *Poema del Cid* y las revisiones de su texto.

Notable es también su versión del italiano, en octavas reales, de catorce cantos del poema de Boyardo, refundido por Berni, el *Orlando enamorado*, versión de la que dijo Menéndez y Pelayo: "Para mí la obra maestra de Bello, como hablista, es su traducción del *Orlando enamorado*, que, incompleta y todo como está, es la mejor traducción de poema largo italiano que tenemos en nuestra literatura".

* * *

No obstante el cargo de funcionario de la Legación de Colombia, la situación económica de Bello no ofrecía perspectivas halagadoras. Su escaso sueldo continuaba igual y siempre le llegaba con atraso. Sus peticiones de mejora no eran atendidas. La oferta de trasladarle como cónsul a París, al no significarle mayores ventajas, tuvo que declinarla. Tampoco se le nombró para Washington, como lo esperaba. En tales condiciones, su estancia en Inglaterra no le ofrecía sino un porvenir mediocre y de pobreza.

Por otra parte, la situación de la Gran Colombia no andaba bien. Todo se complicaba. La lucha partidista se encontraba día a día. Los trastornos políticos afectaban considerablemente la economía y la estabilidad de la nación.

De allí que, ante la favorable propuesta del gobierno de Chile para que pasase a aquel país con un cargo oficial, Bello resolvió abandonar el servicio diplomático colombiano, y la aceptó.

En consecuencia, el 14 de febrero de 1829 se embarcó, con su esposa e hijos, rumbo a Chile. Después de cuatro largos meses de navegación a vela, llegó a Valparaíso el 25 de junio.

A poco de instalado en Santiago, asumió las funciones de Oficial Mayor del Ministerio de Hacienda. Después, en 1834, pasó a desempeñar igual cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

A fines de 1829 se le confió también la rectoría del Colegio de Santiago. Y en 1830, al fundarse *El Araucano*, figuró como redactor de ese periódico oficial, cuyas secciones de noticias extranjeras y de letras y ciencias tuvo a su cargo.

A la administración pública, la educación y la cultura en general aplicó Bello en Chile su potente capacidad de trabajo y los vastos y profundos conocimientos que había almacenado en sus años de Caracas y Londres.

La educación pública y privada fueron objeto de su más asidua atención. Participó en cuanta decisión de gobierno se tomó en tal sentido. Dictó lecciones —de lenguaje, literatura y derecho— y compuso textos de gramática, historia literaria, filosofía, cosmografía y derecho internacional para la enseñanza. Realizó un periodismo fundamentalmente constructivo y de divulgación cultural. Impulsó el teatro. Abogó por el levantamiento de la censura de libros. Y como culminación de sus iniciativas pedagógicas, organizó la Universidad de Chile, que empezó a funcionar en 1843 y a cuyo frente figuró como rector. En su instalación leyó un admirable discurso que es una de sus páginas maestras,

en la que trazó orientaciones y programas no sólo para la instrucción superior, sino para sus otros órdenes. Tal como la concebía Bello, la Universidad debía cumplir una vasta función social, regir todo el sistema de la cultura y estar constantemente vinculada a la realidad nacional.

Convencido de que uno de los medios más eficaces y seguros para hacer largamente partícipes a todas las gentes de los beneficios de la cultura es la unidad del idioma, dedicó sus esfuerzos a estimular su limpio y correcto uso. Empeño al que consagró, ejemplarmente, numerosos escritos, entre los que ocupa sitio señalado su famosa *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*.

Para “los americanos”, naturalmente, fiel a su permanente propósito de americanismo.

Juzgo importante — declaraba en el magistral prólogo de la obra — la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes.

La materia gramatical en Bello está elaborada con novedad. Y con un amplio y profundo criterio analítico, lo que le confiere a su tratado un carácter eminentemente científico. En especial, en temas como la clasificación de las partes de la oración, el concepto del género neutro, la enunciación de las palabras declinables, el análisis ideológico del verbo, el estudio de las proposiciones. Y sobre todo, su genial anticipación de algunos principios que presiden actualmente la investigación filológica y lingüística.

Gramática considerada por Rufino José Cuervo, que la complementó con sabias acotaciones, como “obra clásica de la literatura castellana”. Y por Amado Alonso, “no como la mejor gramática castellana a falta de otra mejor, sino como una de las mejores gramáticas de los tiempos modernos en cualquier lengua”.

Conjuntamente con su apostolado educativo, copiosa fue la intervención de Bello en otros aspectos de la vida pú-

blica en Chile. En 1833 colaboró en la redacción de la carta constitucional que entonces se expidió. Orientó, desde su cargo de la Cancillería, la política internacional del país. Reglamentó la administración de justicia. Trabajó en la fundación de hospitales y en la mejora del régimen carcelario. Cuando, al otorgársele la ciudadanía chilena, fue designado senador, participó como tal en la discusión de numerosos proyectos de ley, de algunos de los cuales fue autor.

En 1855 dotó a la República de un excelente *Código civil*, monumento jurídico que es una de sus creaciones maestras y para cuya composición, sin perder de vista la realidad sociológica de la nación, utilizó como fuentes el Código de Napoleón, las leyes españolas y chilenas, los códigos de las Dos Sicilias, Holanda, la Luisiana, y el prusiano, para cuya mejor inteligencia se vio precisado a perfeccionar sus conocimientos del idioma alemán. De lo que resultó, a pesar del aporte de esas fuentes, un conjunto coherente y señaladamente original, presentado en un lenguaje propio, exacto y castizo. De allí que, con mucho acierto, hayan dicho de ese *Código* los civilistas Alessandri Rodríguez y Somarriba Undurraga, profesores de la Universidad de Chile, que “en su conjunto es superior al de Napoleón, porque todos los vacíos que éste tenía y que pusieron de relieve la jurisprudencia y los autores franceses, fueron considerados por Bello al confeccionar su obra”.

Extensa fue, por otra parte, la producción de Bello en el campo estrictamente literario. Artículos y notas de periódico sobre asuntos de su enciclopédico saber; ensayos de crítica literaria e histórica; comentarios de teatro; poesías originales; traducciones de poetas latinos, italianos, franceses e ingleses.

De sus traducciones sobresale la célebre de Víctor Hugo, *La prière pour tous*, la que, más que una literal versión, es una imitación, una verdadera recreación en que los elementos personales se sobreponen ventajosamente al texto del poeta francés. Con tal propiedad y belleza realizada, que ha sido considerada como su obra más lograda en poe-

sía. Porque *La oración por todos*, de tan extensa popularidad, es canto de altas calidades líricas en que el maestro, tras de bucear en las intimidades de su conciencia, nos legó una admirable pieza de hondo sentir, del más acendrado subjetivismo, bien diferente del objetivismo de sus dos silvas de Londres, poesías de compromiso y de programa.

* * *

El 15 de octubre de 1865, tras un intenso laborar intelectual y la aplicación de todos sus conocimientos y energías para lograr el progreso de una nación, falleció este titán de la cultura. Antes de él, ni después, puede decirse sin reticencias que hombre alguno ha cumplido en América un empeño semejante.

De allí que, muy certeramente, pudo afirmar Miguel Luis Amunátegui (1882), uno de sus más esclarecidos discípulos: "Trabajó con una constancia admirable treinta y cinco años para conseguirlo; y antes de morir, tuvo la satisfacción de contemplar a Chile enteramente transformado".

CARLOS ARTURO CAPARROSO.

Bogotá.